

torpografo



INTRODUCCION A LA HISTORIA

M. Bloch

BREVIARIOS

cfe

Fondo de Cultura Económica

BREVIARIOS
del
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

64

INTRODUCCIÓN A LA HISTORIA

INTRODUCCIÓN
a la Historia

por MARC BLOCH

*In memoriam
matris amicae*



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

MEXICO-MADRID-BUENOS AIRES

Primera edición en francés,	1949
Primera edición en español,	1952
Primera reimpresión	1957
Segunda reimpresión,	1963
Tercera reimpresión,	1965
Cuarta reimpresión,	1967
Quinta reimpresión,	1970
Sexta reimpresión,	1974
Séptima reimpresión,	1975
Octava reimpresión,	1978
Décima reimpresión,	1980
Primera reimpresión en Argentina,	1982

Traducción de
PABLO GONZÁLEZ CASANOVA y MAX AUB

Título original:
Apologie pour l'Histoire ou Mètier d'historien
© 1949 Librairie Armand Colin, Paris

D. R. © 1952 FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
Av. de la Universidad 975, México 12, D. F.

© FONDO DE CULTURA ECONÓMICA, Argentina
Suipacha 617, Buenos Aires, Argentina

ISBN 950.057.003.3

Queda hecho el depósito de Ley 11.723

Impreso en Argentina - Printed in Argentina

A LUCIEN FEBVRE,
A MANERA DE DEDICATORIA

Si este libro ha de publicarse un día; si, de simple antídoto al que pido hoy un cierto equilibrio del alma —entre los peores dolores y las peores ansiedades personales y colectivas— viene a ser un verdadero libro, ofrecido para ser leído, otro nombre distinto del de usted, querido amigo, será entonces inscrito en la cubierta. Usted lo sabe, se necesitaba ese nombre, en ese lugar: único recuerdo permitido a una ternura demasiado profunda y demasiado sagrada para poder expresarla. ¿Y cómo me resignaría yo a no verle a usted aparecer también sino al azar de algunas referencias? Juntos hemos combatido largamente por una historia más amplia y más humana. Sobre la tarea común, ahora cuando escribo, se ciernen muchas amenazas. No por nuestra culpa. Somos los vencidos provisionales de un injusto destino. Ya vendrá el tiempo, estoy seguro, en que nuestra colaboración podrá volver a ser verdaderamente pública, como en el pasado, y, como en el pasado, libre. Mientras tanto continuará por mi parte en estas páginas, llenas de la presencia de usted. Aquí conservará el ritmo, que fue siempre el suyo, de un acuerdo fundamental, vivificado, en la superficie, por el provechoso juego de nuestras afectuosas discusiones. Entre las ideas que me propongo sostener, más de una me llega, sin duda alguna, directamente de usted. Respecto de muchas otras yo no podría decidir, en buena conciencia, si son de usted, mías o de ambos. Me enorgullece pensar que muchas veces me aprobará usted. En ocasiones me criticará. Y todo ello será entre nosotros un vínculo más.

Fougères (Creuse),
10 de mayo de 1941.

INTRODUCCIÓN

"Papá, explícame para qué sirve la historia", pedía hace algunos años a su padre, que era historiador, un muchachito allegado mío. Quisiera poder decir que este libro es mi respuesta. Porque no alcanzo a imaginar mayor halago para un escritor que saber hablar por igual a los doctos y a los escolares. Pero reconozco que tal sencillez sólo es privilegio de unos cuantos elegidos. Por lo menos conservaré aquí con mucho gusto, como epígrafe, esta pregunta de un niño cuya sed de saber acaso no haya logrado apagar de momento. Algunos pensarán, sin duda, que es una fórmula ingenua; a mí, por el contrario, me parece del todo pertinente.¹ El problema que plantea, con la embarazosa desenvoltura de esta edad implacable, es nada menos que el de la legitimidad de la historia.

Ya tenemos, pues, al historiador obligado a rendir cuentas. Pero no se aventurará a hacerlo sin sentir un ligero temblor interior: ¿qué artesano, envejecido en su oficio, no se ha preguntado alguna vez, con un ligero estremecimiento, si ha empleado juiciosamente su vida? Mas el debate sobrepasa en mucho los pequeños escrúpulos de una moral corporativa, e interesa a toda nuestra civilización occidental. Porque contra lo que ocurre con otros tipos de cultura, ha esperado siempre demasiado de su memoria. Todo lo conducía a ello: la herencia cristiana como la herencia clásica. Los griegos y los latinos —nuestros primeros maestros— eran pueblos historiógrafos. El cristianismo es una religión de historiadores. Otros sistemas religiosos han podido fundar sus creencias y sus ritos en una mitología más o menos exterior al tiempo humano. Por libros sagrados, tienen los cristianos libros de historia, y sus liturgias conmemoran, con los episodios de la vida terrestre de un Dios, los fastos de la Iglesia y de los santos. El cristianismo es además histórico en otro sentido, quizá más profundo: colocado entre la Caída y el Juicio Final, el destino de la humanidad representa, a sus ojos, una larga aventura, de la cual cada destino, cada "peregrinación" indivi-

dual, ofrece, a su vez, el reflejo; en la duración y, por lo tanto, en la historia, eje central de toda meditación cristiana, se desarrolla el gran drama del Pecado y de la Redención. Nuestro arte, nuestros monumentos literarios, están llenos de los ecos del pasado; nuestros hombres de acción tienen constantemente en los labios sus lecciones, reales o imaginarias. Convendría, sin duda, señalar más de un matiz en la psicología de los grupos. Hace mucho tiempo que lo observó Cournot; eternamente inclinados a reconstruir el mundo sobre las líneas de la razón, los franceses en conjunto viven sus recuerdos colectivos con mucha menor intensidad que los alemanes, por ejemplo.² Es también indudable que las civilizaciones pueden cambiar; no se concibe, como hecho en sí, que la nuestra no se aparte un día de la historia. Los historiadores deberán reflexionar sobre ello. Porque es posible que si no nos ponemos en guardia, la llamada historia mal entendida acabe por desacreditar a la historia mejor comprendida. Pero si llegáramos a eso alguna vez, sería a costa de una profunda ruptura con nuestras más constantes tradiciones intelectuales.

De momento en esta cuestión no hemos pasado todavía de la etapa del examen de conciencia. Cada vez que nuestras estrictas sociedades, que se halan en perpetua crisis de crecimiento, se ponen a dudar de sí mismas, se las ve preguntarse si han tenido razón al interrogar a su pasado o si lo han interrogado bien. Leed lo que se escribía antes de la guerra, lo que todavía puede escribirse hoy: entre las inquietudes difusas del tiempo presente oiréis, casi infaliblemente, la voz de esta inquietud mezclada con las otras. En pleno drama me ha sido dado recoger el eco espontáneo de ello. Era en junio de 1940, el mismo día, si mal no me acuerdo, de la entrada de los alemanes en París. En el jardín normando en que nuestro Estado Mayor, privado de fuerzas, arrastraba su ocio, remachábamos sobre las causas del desastre: "¿Habrá que pensar que nos ha engañado la historia?", murmuró uno de nosotros. Así la angustia del hombre hecho y derecho se unía, con su acento más amargo, a la sencilla curiosidad del jovenzuelo. Hay que responder a una y a otra.

Sin embargo, conviene saber qué quiere decir esa palabra "servir". Pero antes de examinarla quiero agregar unas palabras de excusa. Las circunstancias de mi vida presente, la imposibilidad en que me encuentro de usar una gran biblioteca, la pérdida de mis propios libros, me obligan a fiarme demasiado de mis notas y de mis experiencias. Con demasiada frecuencia me están prohibidas las lecturas complementarias, las verificaciones a que me obligan las leyes mismas del oficio del que me propongo describir las prácticas. ¿Podré, algún día, llenar estas lagunas? Temo que nunca del todo. A este respecto, no puedo menos de solicitar indulgencia del lector y, diría, "declararme culpable", si ello no implicara echar sobre mí más de lo que es justo, las faltas del destino.

Es verdad que, incluso si hubiera que considerar a la historia incapaz de otros servicios, por lo menos podría decirse en su favor que distrae. O, para ser más exacto —puesto que cada quien busca sus distracciones donde quiere—, que así se lo parece a gran número de personas. Personalmente, hasta donde pueden llegar mis recuerdos, siempre me ha divertido mucho. En ello no creo diferenciarme de los demás historiadores que, si no es por ésta, ¿por qué razón se han dedicado a la historia? Para quien no sea un tonto de marca mayor, todas las ciencias son interesantes. Pero cada sabio sólo encuentra una cuyo cultivo le divierte. Descubrirla para consagrarse a ella es propiamente lo que se llama vocación.

Por sí mismo, por lo demás, este indiscutible atractivo de la historia merece ya que nos detengamos a reflexionar. Ante todo, como germen y como aguijón, su papel ha sido y sigue siendo capital. Antes que el deseo de conocimiento, el simple gusto; antes que la obra científica plenamente consciente de sus fines, el instinto que conduce a ella: la evolución de nuestro comportamiento intelectual abunda en filiaciones de esta clase. Hasta en terrenos como el de la física, los primeros pasos deben mucho a las "colecciones de curiosidades". Hemos visto, incluso, figurar a los pequeños goces de las antiguallas en la cuna de más de una

orientación de estudios, que poco a poco se ha cargado de seriedad. Ésa es la génesis de la arqueología y, más recientemente, del *folklore*. Los lectores de Alejandro Dumas no son, quizás, sino historiadores en potencia, a los que sólo falta la educación necesaria para darse un placer más puro, y, a mi juicio, más agudo: el del color verdadero.

Si, por otra parte, este encanto está muy lejos de acabarse, en cuanto da principio la investigación metódica, con sus necesarias austeridades; si, entonces, por el contrario —como pueden testimoniar todos los verdaderos historiadores—, gana todavía en vivacidad y en plenitud, nada hay en ello que, en cierto sentido, no valga para cualquier trabajo del espíritu. La historia, sin embargo, tiene indudablemente sus propios placeres estéticos, que no se parecen a los de ninguna otra disciplina. Ello se debe a que el espectáculo de las actividades humanas, que forma su objeto particular, está hecho, más que otro cualquiera, para seducir la imaginación de los hombres. Sobre todo cuando, gracias a su alejamiento en el tiempo o en el espacio, su despliegue se atavía con las sutiles seducciones de lo extraño. El gran Leibniz nos lo ha confesado: cuando pasaba de las abstracciones especulaciones de las matemáticas, o de la teodicea, a descifrar viejas cartas o viejas crónicas de la Alemania imperial, sentía, como nosotros, esa “voluptuosidad de aprender cosas singulares”. Cuidémonos de quitar a nuestra ciencia su parte de poesía. Cuidémonos, sobre todo, como he descubierto en el sentimiento de algunos, de sonrojarnos por ello. Sería una formidable tontería pensar que por tan poderoso atractivo sobre la sensibilidad, tiene que ser menos capaz también de satisfacer a nuestra inteligencia.

Pero si esa historia a la que nos conduce un atractivo que siente todo el universo no tuviera más que tal atractivo para justificarse; si no fuera, en suma, más que un amable pasatiempo como el *bridge* o la pesca con anzuelo, ¿merecería que hiciéramos tantos esfuerzos por escribirla? Por escribirla, según lo entiendo yo, honradamente, verdicadamente, y yendo en la medida de lo posible hasta los resortes más ocultos, es decir, difícilmente. El juego —es-

cribió André Gide— no nos está ya permitido hoy; ni siquiera el de la inteligencia, añadía. Esto se escribía en 1938. En 1942, año en que me ha tocado escribir, ¡el propósito adquiere un sentido todavía más grave! A buen seguro, en un mundo que acaba de abordar la química del átomo, que comienza a sondear apenas el secreto de los espacios estelares, en nuestro pobre mundo que, justamente orgulloso de su ciencia, no logra, sin embargo, crearse un poco de felicidad, las largas minucias de la erudición histórica, harto capaces de devorar toda una vida, merecerían ser condenadas como un absurdo derroche de energías casi criminal si no condujeran más que a revestir con un poco de verdad uno de nuestros sentimientos. O será preciso desaconsejar el cultivo de la historia a todos los espíritus susceptibles de emplear mejor su tiempo en otros terrenos, o la historia tendrá que probar su legitimidad como conocimiento.

Pero aquí se plantea una nueva cuestión: ¿Qué es justamente lo que legitima un esfuerzo intelectual?

Me imaginé que nadie se atrevería hoy a decir, con los positivistas de estricta observancia, que el valor de una investigación se mide, en todo y por todo, según su aptitud para servir a la acción. La experiencia no nos ha enseñado solamente que es imposible decidir por adelantado si las especulaciones aparentemente más desinteresadas no se revelarán un día asombrosamente útiles a la práctica. Rehusar a la humanidad el derecho a investigar, a calmar su sed intelectual sin preocuparse para nada del bienestar, equivaldría a mutilarla en forma extraña. Aunque la historia fuera eternamente indiferente al *homo faber* o al *homo politicus*, bastaría para su defensa que se reconociera su necesidad para el pleno desarrollo del *homo sapiens*. Sin embargo, aun limitada de ese modo, la cuestión dista mucho de quedar fácilmente resuelta.

Porque la naturaleza de nuestro entendimiento lo inclina mucho menos a querer saber que a querer comprender. De donde resulta que las únicas ciencias auténticas son, según su voluntad, las que logran establecer relaciones explicativas entre los fenómenos. Lo demás no es, según

la expresión de Malebranche, más que "polimatía". Ahora bien, la polimatía puede muy bien pasar por distracción o por manía. Pero hoy menos que en tiempo de Malebranche podría pasar por una de las buenas obras de la inteligencia. Independientemente incluso de toda eventual aplicación a la conducta, la historia no tendrá, pues, el derecho de reindicar su lugar entre los conocimientos verdaderamente dignos de esfuerzo, sino en el caso de que, en vez de una simple enumeración, sin lazos y casi sin límites, nos prometa una clasificación racional y una inteligibilidad progresiva.

Es innegable, sin embargo, que siempre nos parecerá que una ciencia tiene algo de incompleto si no nos ayuda, tarde o temprano, a vivir mejor. ¿Y cómo no pensar esto aún más vivamente cuando nos referimos a la historia que, según se cree, está destinada a trabajar en provecho del hombre, ya que tiene como tema de estudio al hombre y sus actos? De hecho, una vieja tendencia a la que se supondrá por lo menos un valor instintivo, nos inclina a pedir a la historia que guíe nuestra acción; por lo tanto, a indignarnos contra ella, como el soldado vencido a que me he referido, si por casualidad parece manifestar su impotencia para hacerlo así. El problema de la utilidad de la historia, en sentido estricto, en el sentido "pragmático" de la palabra útil, no se confunde con el de su legitimidad, propiamente intelectual. Es un problema, además, que no puede plantearse sino en segundo término. Para obrar razonablemente, ¿no es necesario ante todo comprender? Pero, so pena de no responder más que a medias a las sugerencias más imperiosas del sentido común, aquel problema no puede eludirse.

Algunos de nuestros consejeros, o quienes quisieran serlo, han respondido ya a estas cuestiones. Pero sólo lo han hecho para amargar nuestras esperanzas. Los más indulgentes han dicho: la historia carece de provecho y de solidez. Otros, con una severidad nada amiga de medias tintas, han dicho: es perniciosa. "El producto más peligroso elaborado por la química del intelecto", ha dicho uno de

ellos, y no de los menos notorios. Estas invectivas tienen peligroso atractivo: justifican por adelantado la ignorancia. Por fortuna, para lo que subsiste aún en nosotros de curiosidad espiritual, esas censuras no carecen quizás de interés.

Pero si el debate debe ser considerado de nuevo, es necesario que lo planteemos con datos más seguros.

Porque hay una precaución que los detractores corrientes de la historia no han tenido en cuenta. Su palabra no carece ni de elocuencia ni de *esprit*. Pero, por lo general, han olvidado informarse con exactitud de lo que hablan. La imagen que tienen de nuestros estudios no parece haber surgido del taller. Huele más a oratoria académica que a gabinete de trabajo. Sobre todo, ha prescrito. De suerte que incluso pudiera ocurrir que toda esa palabrería se haya gastado en exorcizar a un fantasma. Nuestro esfuerzo en este dominio debe ser harto distinto. Trataremos de buscar el grado de certidumbre de los métodos que usa realmente la investigación, hasta en el humilde y delicado detalle de sus técnicas. Nuestros problemas serán los mismos que impone cotidianamente al historiador su materia. En una palabra, ante todo quisiéramos explicar cómo y por qué practica su oficio de historiador. Dejamos que el lector decida a continuación si vale la pena ejercer este oficio.

Pongamos atención, sin embargo. Así limitada y comprendida, la tarea puede pasar por sencilla sólo en apariencia. Lo sería, quizás, si estuviéramos frente a una de esas artes aplicadas de las que se ha dicho todo cuando se han enumerado, una tras otra, las manipulaciones consagradas. Pero la historia no es lo mismo que la relojería o la ebanistería. Es un esfuerzo para conocer mejor; por lo tanto, una cosa en movimiento. Limitarse a describir una ciencia tal como se hace será siempre traicionarla un poco. Es mucho más importante decir cómo espera lograr hacerse progresivamente. Ahora bien, esfuerzo semejante exige de parte del analista forzosamente una dosis bastante amplia de selección personal. En efecto, toda ciencia se halla, en cada una de sus etapas, atravesada constantemente por tendencias divergentes, que no es posible separar sin una especie de anticipación del porvenir. No nos proponemos retroceder

aquí ante esta necesidad. En materia intelectual, más que en ninguna otra, el horror de las responsabilidades no es un sentimiento muy recomendable. Sin embargo, la honradez nos imponía advertir al lector.

Asimismo, las dificultades que se presentan inevitablemente cuando se hace un estudio de los métodos, varían mucho según el punto que haya alcanzado momentáneamente una disciplina en la curva, siempre un poco irregular, de su desarrollo. Me imagino que hace cincuenta años, cuando todavía reinaba Newton como maestro, era mucho más fácil que hoy construir con el rigor de un plano arquitectónico una exposición de la mecánica. Pero la historia es todavía una fase mucho más favorable a las certidumbres.

Porque la historia no es solamente una ciencia en marcha. Es también una ciencia que se halla en la infancia como todas las que tienen por objeto el espíritu humano, este recién llegado al campo del conocimiento racional. O, por mejor decir, vieja bajo la forma embrionaria del relato, mucho tiempo envuelta en ficciones, mucho más tiempo todavía unida a los sucesos más inmediatamente captables, es muy joven como empresa razonada de análisis. Se esfuerza por penetrar en fin por debajo de los hechos de la superficie; por rechazar, después de las seducciones de la leyenda o de la retórica, los venenos, hoy más peligrosos, de la rutina erudita y del empirismo disfrazado de sentido común. No ha superado aún, en algunos problemas esenciales de su método, los primeros tanteos. Razón por la cual Fustel de Coulanges y, antes que él, Bayle no estaban, sin duda, totalmente equivocados cuando la llamaban "la más difícil de todas las ciencias".

¿Pero es esto una ilusión? Por incierta que siga siendo en tantos puntos nuestra ruta, me parece que estamos actualmente mejor situados que nuestros predecesores inmediatos para ver con mayor claridad.

Las generaciones que han precedido inmediatamente a la nuestra, en las últimas décadas del siglo XIX y hasta en los primeros años del XX, han vivido como alucinadas por una imagen demasiado rígida, una imagen verdaderamen-

te comtiana de las ciencias del mundo físico. Extendiendo al conjunto de las adquisiciones del espíritu este sistema prestigioso, consideraban que no puede haber conocimiento auténtico que no pueda desembocar en certidumbres formuladas bajo el aspecto de leyes imperiosamente universales por medio de demostraciones irrefutables. Ésta era una opinión casi unánime. Pero, aplicada a los estudios *históricos*, dio lugar a dos tendencias opuestas, en razón de los distintos temperamentos.

Unos creyeron posible, en efecto, instituir una ciencia de la evolución humana conforme con este ideal en cierto modo pan-científico, y trabajaron con afán para crearla, sin perjuicio, por lo demás, de optar finalmente por dejar fuera de los efectos de este conocimiento de los hombres muchas realidades muy humanas, pero que les parecían desesperadamente rebeldes a un saber racional. Este residuo era lo que llamaban desdeñosamente el acontecimiento; era también una parte de la vida más íntimamente individual. Tal fue, en suma, la posición de la escuela sociológica fundada por Durkheim. Por lo menos si no se consideran las sutilezas que con la primera rigidez de los principios trajeron poco a poco hombres demasiado inteligentes para no sufrir, incluso a su pesar, la presión de las cosas. A este gran esfuerzo deben mucho nuestros estudios. Nos ha enseñado a analizar con mayor profundidad, a enfocar más de cerca los problemas, a pensar, me atrevo a decir, de manera menos barata. De ese esfuerzo no hablaremos aquí sino con un respeto y un agradecimiento infinitos. Si hoy nos parece superado, ése es el precio que pagan por su fecundidad, tarde o temprano, todos los movimientos intelectuales.

Otros investigadores, sin embargo, adoptaron en ese momento una actitud muy diferente. No logrando insertar la historia en los marcos del legalismo físico, particularmente preocupados, además —a causa de su primera educación—, por las dificultades, las dudas, el frecuente volver a empezar de la crítica documental, extrajeron de la experiencia, ante todo, una lección de humildad desengañada. Les pareció que la disciplina a que habían consagrado su

inteligencia no podía ofrecer, a fin de cuentas, conclusiones muy seguras en el presente, ni muchas perspectivas de progreso en el futuro. Se inclinaron a ver en ella, más que un conocimiento verdaderamente científico, una especie de juego estético, o, por lo menos, de ejercicio higiénico favorable a la salud del espíritu. A menudo se les ha llamado "historiadores historizantes", sobrenombre injurioso para nuestra corporación, pues parece considerar la esencia de la historia en la propia negación de sus posibilidades. Por mi parte, yo les encontraría de buena gana una rúbrica más expresiva en el momento del pensamiento francés al que pertenecen.

El amable y escurridizo Silvestre Bonnard es un anacronismo, si se atiende uno a las fechas en que el libro fija su actividad, justamente como esos santos antiguos pintados ingenuamente por los escritores de la Edad Media, bajo los colores de su propio tiempo. Silvestre Bonnard (por poco que se atribuya, aunque sea por un instante, a esta sombra inventada, una existencia humana), el "verdadero" Silvestre Bonnard, nacido en el Primer Imperio —la generación de los grandes historiadores románticos, le hubiera contado entre los suyos—, habría compartido con ella los entusiasmos emocionados y fecundos, la fe un poco cándida en el porvenir de la "filosofía" de la historia. Olvidemos la época a la que se dice que perteneció y situémosle en la que se escribió su vida imaginaria: merecerá figurar como el patrón, como el santo corporativo de todo un grupo de historiadores, que fueron más o menos los contemporáneos intelectuales de su biógrafo: trabajadores profundamente honestos, pero de aliento un poco corto y de los que se diría a veces que, como esos niños cuyos padres se han divertido mucho, llevaban en los huesos la fatiga de las grandes orgías históricas del romanticismo, dispuestos a empequeñecerse ante sus colegas del laboratorio, mas deseosos, en suma, de aconsejarnos prudencia más que empuje. ¿Sería demasiado malicioso querer buscar su divisa en la sorprendente frase que se le escapó un día al hombre de inteligencia tan viva que fue mi querido maestro Charles Seignobos: "Es muy útil hacerse preguntas, pero muy peligroso res-

ponderlas"? No es ése, a buen seguro, el propósito de un fanfarrón. Pero si los físicos no hubieran hecho más profesión de intrepidez, ¿dónde estaría a este respecto la física?

Ahora bien, nuestra atmósfera mental no es ya la misma. La teoría cinética del gas, la mecánica einsteiniana, la teoría de los quanta, han alterado profundamente la idea que ayer todavía se formaba cada cual de la ciencia. No la han rebajado, pero la han suavizado. Han sustituido en muchos puntos lo cierto por lo infinitamente probable; lo rigurosamente mensurable por la noción de la eterna relatividad de la medida. Su acción se ha hecho sentir incluso sobre los innumerables espíritus —entre los cuales debo contarme yo— a quienes las debilidades de su inteligencia o de su educación les prohíben seguir esa metamorfosis en otra forma que no sea de muy lejos y por reflejo. Así, para lo sucesivo, estamos mucho mejor dispuestos a admitir que un conocimiento puede pretender el nombre de científico aunque no se confiese capaz de realizar demostraciones euclidianas o de leyes inmutables de repetición. Hoy aceptamos mucho más fácilmente hacer de la certidumbre y del universalismo una cuestión de grados. No sentimos ya la obligación de tratar de imponer a todos los objetos del saber un modelo intelectual uniforme, tomado de las ciencias de la naturaleza física, pues sabemos que en las propias ciencias físicas ese modelo no se aplica ya completo. Aún no sabemos muy bien qué serán un día las ciencias del hombre. Sabemos que para ser —obedeciendo siempre, por supuesto, a las leyes fundamentales de la razón— no tendrán necesidad de renunciar a su originalidad ni de avergonzarse de ello.

Me gustaría que entre los historiadores de profesión, los jóvenes sobre todo, se habituaran a reflexionar sobre estas vacilaciones, sobre estos perpetuos "arrepentimientos" de nuestro oficio. Ésa será para ellos mismos la mejor manera de prepararse, por una elección deliberada, a conducir razonablemente sus esfuerzos. Sobre todo me gustaría verlos acercarse, cada vez en número mayor, a esta historia a la vez ampliada y tratada con profundidad, cuyo diseño

concebimos varios —cada día menos raros—. Si mi libro puede ayudarlos tendré la impresión de que no habrá sido absolutamente inútil. Tiene, lo reconozco, algo de programa.

Pero yo no escribo únicamente, ni sobre todo, para el uso interior del taller. Tampoco me ha parecido que fuera menester ocultar a los simples curiosos nada de las irresoluciones de nuestra ciencia. Estas irresoluciones son nuestra excusa. Mejor aún: a ellas se debe la frescura de nuestros estudios. No sólo tenemos el derecho de reclamar a favor de la historia la indulgencia debida a todos los comienzos. Lo inacabado, si tiende perpetuamente a superarse, tiene para todo espíritu un poco ardiente una seducción que bien vale por la del éxito más cabal. Al buen labrador —ha dicho, más o menos Péguy— le gustan las labores y la siembra tanto como la recolección.

Conviene que estas palabras introductorias terminen con una confesión personal. Considerada aisladamente, cada ciencia no representa nunca más que un fragmento del movimiento universal hacia el conocimiento. Ya se me ha presentado la ocasión de dar un ejemplo de ello más arriba: para entender y apreciar bien estos procedimientos de investigación, aunque se trate de los más particulares en apariencia, sería indispensable saberlos unir con un trazo perfectamente seguro al conjunto de las tendencias que se manifiestan en el mismo momento en las demás clases de disciplina. Ahora bien, este estudio de los métodos considerados en sí mismos constituye, a su manera, una especialidad, cuyos técnicos se llaman filósofos. Es éste un título al que me está vedado aspirar. Por esta laguna de mi primera educación el presente ensayo perderá mucho, sin duda, en precisión de lenguaje como en amplitud de horizonte. No puedo presentarlo sino como lo que es: el *momento* de un artesano al que siempre le ha gustado meditar sobre su tarea cotidiana; el "carnet" de un oficial que ha manejado durante muchos años la toesa y el nivel, sin creerse por eso matemático.

LA HISTORIA, LOS HOMBRES Y EL TIEMPO

I. LA ELECCIÓN DEL HISTORIADOR

La palabra historia es muy vieja, tan vieja que a veces ha llegado a cansar. Ciertamente que muy rara vez se ha llegado a querer eliminarla del vocabulario. Incluso los sociólogos de la escuela durkheimiana la admiten. Pero sólo para relegarla al último rincón de las ciencias del hombre: especie de mazmorras, donde arrojan los hechos humanos, considerados a la vez los más superficiales y los más fortuitos, al tiempo que reservan a la sociología todo aquello que les parece susceptible de análisis racional.

A esa palabra, por el contrario, le conservaremos nosotros aquí su más amplia significación. No nos veda de antemano ningún género de investigación, ya se proyecte de preferencia hacia el individuo o hacia la sociedad, hacia la descripción de las crisis momentáneas o hacia la búsqueda de los elementos más durables; no encierra en sí misma ningún credo; no compromete a otra cosa, según su etimología original, que a la "investigación". Sin duda desde que apareció, hace más de dos milenios, en los labios de los hombres, ha cambiado mucho de contenido. Ése es el destino, en el lenguaje, de todos los términos verdaderamente vivos. Si las ciencias tuvieran que buscarse un nombre nuevo cada vez que hacen una conquista, ¡cuántos bautismos habría y cuánta pérdida de tiempo en el reino de las academias!

Pero por el hecho de que permanezca apaciblemente fiel a su glorioso nombre heleno, nuestra historia no será la misma que escribía Hecateo de Mileto, como la física de Lord Kelvin o de Langevin no es la de Aristóteles. ¿Qué es entonces la historia?

No tendría interés alguno que encabezáramos este libro, centrado en torno a los problemas *reales* de la investigación, exponiendo una larga y rígida definición. ¿Qué

trabajador serio se ha detenido nunca ante semejantes artículos de fe? Su cuidadosa precisión no deja solamente escapar lo mejor de todo impulso intelectual: entiéndase bien, lo que hay en él de simples veleidades de impulso hacia un saber todavía mal determinado, de potencia de extensión. Su peligro más grave consiste en no definir tan cuidadosamente sino con el único fin de delimitar mejor: "Lo que sin duda puede reducir —dice el Guardián del dios Término— es este tema o esta manera de tratarlo. Pero cuidado, ¡oh efebo!: eso no es historia." ¿Somos, pues, veedores de los tiempos antiguos para codificar las tareas permitidas a las gentes del oficio, y, sin duda, una vez cerrada la lista, para reservar el ejercicio de esas tareas a nuestros maestros patentados? ³ Los físicos y los químicos son más discretos: que yo sepa jamás se les ha visto querellarse sobre los derechos respectivos de la física, de la química, de la quimicafísica o —suponiendo que este término exista— de la físicaquímica.

No es menos cierto que frente a la inmensa y confusa realidad, el historiador se ve necesariamente obligado a señalar el punto particular de aplicación de sus útiles; en consecuencia, a hacer en ella una elección, elección que, evidentemente, no será la misma que, por ejemplo, la del biólogo: que será propiamente una elección de historiador. Éste es un auténtico problema de acción. Nos seguirá a lo largo de nuestro estudio.

II. LA HISTORIA Y LOS HOMBRES

Se ha dicho alguna vez: "la Historia es la ciencia del pasado". Me parece una forma impropia de hablar.

Porque, en primer lugar, es absurda la idea de que el pasado, considerado como tal, pueda ser objeto de la ciencia. Porque ¿cómo puede ser objeto de un conocimiento racional, sin una delimitación previa, una serie de fenómenos que no tienen otro carácter común que el no ser nuestros contemporáneos? ¿Cabe imaginar en forma semejante una ciencia total del Universo en su estado actual?

Sin duda, en los orígenes de la historiografía estos escrúpulos no embarazaban apenas a los viejos analistas. Contaban confusamente acontecimientos sólo unidos entre sí por la circunstancia de haberse producido aproximadamente en el mismo momento: los eclipses, las granizadas, la aparición de sorprendentes meteoros, con las batallas, los tratados, la muerte de héroes y reyes. Pero en esta primera memoria de la humanidad, confusa como una percepción infantil, un esfuerzo de análisis sostenido ha realizado poco a poco la clasificación necesaria. Es cierto que el lenguaje, por esencia tradicionalista, conserva voluntariamente el nombre de historia a todo estudio de un cambio en la duración... La costumbre carece de peligro, porque no engaña a nadie. En este sentido hay una historia del sistema solar, ya que los astros que lo componen no han sido siempre como los vemos. Esa historia incumbe a la astronomía. Hay una historia de las erupciones volcánicas que seguramente tiene el mayor interés para la física del globo. Esa historia no pertenece a la historia de los historiadores.

O, por lo menos, no le pertenece quizás más que en la medida en que se viera que sus observaciones, por algún sesgo especial, se unen a las preocupaciones específicas de nuestra historia de historiadores. ¿Entonces, cómo se establece en la práctica la repartición de las tareas? Un ejemplo bastará para que lo comprendamos, mejor, sin duda, que muchos discursos.

En el siglo x de nuestra era había un golfo profundo, el Zwin, en la costa flamenca. Después se cegó. ¿A qué rama del conocimiento cabe asignar el estudio de este fenómeno? Al pronto, todos responderán que a la geología. Mecanismo de los aluviones, función de las corrientes marítimas, cambios tal vez en el nivel de los océanos. ¿No ha sido creada y traída al mundo la geología para que trate de todo eso? Sin duda. No bostante, cuando se examina la cuestión más de cerca, descubrimos que las cosas no son tan sencillas.

¿Se trata ante todo de escrutar los orígenes de la transformación? He aquí ya a nuestro geólogo obligado

z plantearse cuestiones que no son estrictamente de su incumbencia. Porque, sin duda, el colmataje fue cuando menos favorecido por la construcción de diques, por la desviación de canales, por desecaciones: actos humanos, nacidos de necesidades colectivas y que sólo fueron posibles merced a una estructura social determinada.

En el otro extremo de la cadena, nuevo problema: el de las consecuencias. A poca distancia del fondo del golfo había una ciudad: Brujas, que se comunicaba con él por corto trecho de río. Por las aguas del Zwin recibía o expedía la mayor parte de las mercancías que hacían de ella, guardando todas las proporciones, el Londres o el Nueva York de aquel tiempo. El golfo se fue cegando, cada día más ostensiblemente. Buen trabajo tuvo Brujas, a medida que se alejaba la superficie inundada, de adelantar cada vez más sus antepuertos: fueron quedando paralizados sus muelles. Sin duda no fue ésa la única causa de su decadencia. ¿Actúa alguna vez lo físico sobre lo social sin que su acción sea preparada, ayudada o permitida por otros factores que vienen ya del hombre? Pero en el movimiento de las ondas causales, aquella causa cuenta al menos, sin duda, entre las más eficaces.

Ahora bien, la obra de una sociedad que modifica según sus necesidades el suelo en que vive es, como todos percibimos por instinto, un hecho eminentemente "histórico". Asimismo, las vicisitudes de un rico foco de intercambios; por un ejemplo harto característico de la topografía del saber, he ahí, pues, de una parte, un punto de intersección en que la alianza de dos disciplinas se revela indispensable para toda tentativa de explicación; de otra parte, un punto de tránsito, en que una vez que se ha dado cuenta de un fenómeno y que sólo sus efectos, por lo demás, están en la balanza, es cedido en cierto modo definitivamente por una disciplina a otra. ¿Qué ha ocurrido, cada vez, que haya parecido pedir imperiosamente la intervención de la historia? Es que ha aparecido lo humano.

En efecto, hace mucho que nuestros grandes antepasados, un Michelet y un Fustel de Coulanges, nos habían enseñado a reconocerlo: el objeto de la historia es esencial-

mente el hombre.⁴ Mejor dicho: los hombres. Más que el singular, favorable a la abstracción, conviene a una ciencia de lo diverso el plural, que es el modo gramatical de la relatividad. Detrás de los rasgos sensibles del paisaje, de las herramientas o de las máquinas, detrás de los escritos aparentemente más fríos y de las instituciones aparentemente más distanciadas de los que las han creado, la historia quiere aprehender a los hombres.⁵ Quien no lo logre no pasará jamás, en el mejor de los casos, de ser un obrero manual de la erudición. Allí donde huele la carne humana, sabe que está su presa.

Del carácter de la historia, en cuanto conocimiento de los hombres, depende su posición particular frente al problema de la expresión. ¿Es la historia una ciencia o un arte? Hacia 1800 les gustaba a nuestros tatarabucos discernir gravemente sobre este punto. Más tarde, por los años de 1890, bañados en una atmósfera de positivismo un tanto rudimentaria, se pudo ver cómo se indignaban los especialistas del método porque en los trabajos históricos el público daba importancia, según ellos excesiva, a lo que se llamaba la "forma". ¡El arte contra la ciencia, la forma contra el fondo! ¡Cuántas querellas que más vale mandar al archivo de la escolástica!

No hay menos belleza en una exacta ecuación que en una frase precisa. Pero cada ciencia tiene su propio lenguaje estético. Los hechos humanos son esencialmente fenómenos muy delicados y muchos de ellos escapan a la medida matemática. Para traducirlos bien y, por lo tanto, para comprenderlos bien (¿acaso es posible comprender perfectamente lo que no se sabe decir?) se necesita gran finura de lenguaje, un color adecuado en el tono verbal. Allí donde es imposible calcular se impone sugerir. Entre la expresión de las realidades del mundo físico y la expresión de las realidades del espíritu humano, el contraste es, en suma, el mismo que entre la tarea del obrero que trabaja con una fresadora y la tarea del violero: los dos trabajan al milímetro, pero el primero usa instrumentos mecánicos de precisión y el violero se guía, sobre todo,

por la sensibilidad del oído y de los dedos. No sería conveniente que uno y otro trataran de imitarse respectivamente. ¿Habrà quien niegue que hay un tacto de las palabras como hay un tacto de la mano?

III. EL TIEMPO HISTÓRICO

“Ciencia de los hombres”, hemos dicho. La frase es demasiado vaga todavía. Hay que agregar: “de los hombres en el tiempo”. El historiador piensa no sólo lo “humano”. La atmósfera en que su pensamiento respira naturalmente es la categoría de la duración.

Es difícil, sin duda, imaginar que una ciencia, sea la que fuere, pueda hacer abstracción del tiempo. Sin embargo, para muchas ciencias que, por convención, dividen el tiempo en fragmentos artificialmente homogéneos, éste apenas representa algo más que una medida. Por el contrario el tiempo de la historia, realidad concreta y viva abandonada a su impulso irreversible, es el plasma mismo en que se bañan los fenómenos y algo así como el lugar de su inteligibilidad. El número de segundos, de años o de siglos que exige un cuerpo radiactivo para convertirse en otros cuerpos, es un dato fundamental de la atomística. Pero que esta o aquella de sus metamorfosis haya ocurrido hace mil años, ayer u hoy, o que deba producirse mañana, es una consideración que interesa sin duda al geólogo, porque la geología es a su manera una disciplina histórica, mas deja al físico perfectamente impávido. En cambio, a ningún historiador le bastará comprobar que César necesitó ocho años para conquistar la Galia; que Lutero necesitó quince años para que del novicio ortodoxo de Erfurt saliera el reformador de Wittenberg. Le interesa mucho más señalar el lugar exacto que ocupa la conquista de la Galia en la cronología de las vicisitudes de las sociedades europeas; y sin negar en modo alguno lo que haya podido contener de eterno una crisis del alma como la del hermano Martín, no creará haber rendido cuenta exacta de ella más que después de fijado con precisión su momento en la

curva de los destinos simultáneos del hombre que fue su héroe y de la civilización que tuvo por clima.

Ahora bien, este tiempo verdadero es, por su propia naturaleza, un continuo. Es también cambio perpetuo. De la antítesis de estos dos atributos provienen los grandes problemas de la investigación histórica. Éste, antes que otro alguno, pues, pone en tela de juicio hasta la razón de nuestros trabajos. Consideremos dos períodos sucesivos demarcados en el suceder ininterrumpido de los tiempos. ¿En qué medida el lazo que establece entre ellos el flujo de la duración es mayor o menor que las diferencias nacidas de la propia duración? ¿Habrá que considerar el conocimiento del período más antiguo como necesario o superfluo para el conocimiento del más reciente?

IV. EL ÍDOLO DE LOS ORÍGENES

Nunca es malo comenzar con un *mea culpa*. Naturalmente cara a los hombres que hacen del pasado el principal tema de investigación, la explicación de lo más próximo por lo más lejano ha dominado a menudo nuestros estudios hasta la hipnosis. En su forma más característica, este ídolo de la tribu de los historiadores tiene un nombre: la obsesión de los orígenes. En el desarrollo del pensamiento histórico esa obsesión ha tenido también su momento de favor particular.

Creo que fue Renan quien escribió un día (cito sólo de memoria y me temo que con inexactitud): "En todas las cosas humanas los orígenes merecen ser estudiados antes que nada." Y antes que él había dicho Sainte-Beuve: "Espío y noto con curiosidad lo que comienza." Es una idea muy propia de su tiempo, tan propia como la palabra orígenes. A los *Orígenes del Cristianismo* respondieron poco más tarde los *Orígenes de la Francia Contemporánea*. Sin contar los epígonos. Pero el término es inquietante, porque es equívoco.

¿Significa simplemente "los principios"? Eso sería más o menos claro. Habrá, sin embargo, que hacer una reserva: la noción misma de este punto inicial aplicado a

la mayoría de las realidades históricas sigue siendo singularmente huidiza. Cuestión de definición sin duda. De una definición que con demasiada facilidad se olvida por desgracia.

Cuando se habla de los orígenes ¿debemos entender, por el contrario, las causas? En ese caso no habrá más dificultades de las que constantemente (y más todavía, sin duda, en las ciencias del hombre) son, por naturaleza, inherentes a las investigaciones causales.

Pero con frecuencia se establece entre los dos sentidos una contaminación tanto más temible cuanto que, en general, no se percibe muy claramente. En el vocabulario corriente los orígenes son un comienzo que explica. Peor aún: que basta para explicar. Ahí radica la ambigüedad, ahí está el peligro.

Sería una interesantísima investigación la que tratara de estudiar esta obsesión embriogénica tan notoria en todas las preocupaciones de los exégetas. "No comprendo vuestra emoción —confesaba Barrès a un sacerdote que había perdido la fe—. ¿Qué tienen que ver con mi sensibilidad las discusiones de un puñado de sabios sobre unas palabras hebreas? Basta la atmósfera de las iglesias." Y Maurras, a su vez: "¿Qué me importan los evangelios de cuatro judíos oscuros?" ("oscuros" quiere decir, me imagino, plebeyos; porque parece difícil no reconocer a Mateo, Marcos, Lucas y Juan cierta notoriedad literaria). Estos bromistas sólo quieren presumir, y seguramente ni Pascal ni Bossuet hubieran hablado así. Es indudable que se puede concebir una experiencia religiosa que no deba nada a la historia. Al deísta puro le basta una iluminación interior para creer en Dios. No para creer en el Dios de los cristianos. Porque el cristianismo, como he recordado ya, es esencialmente una religión histórica: entiéndase bien, una religión cuyos dogmas primordiales descansan sobre acontecimientos. Volved a leer nuestro *Credo*: "Creo en Jesucristo... que fue crucificado bajo Poncio Pilatos... y al tercer día resucitó de entre los muertos." Ahí los comienzos de la fe son también sus fundamentos.

Ahora bien, por un contagio sin duda inevitable, estas preocupaciones, que en un determinado análisis religioso podían tener su razón de ser, se extendieron a campos de la investigación en que su legitimidad era mucho más discutible. Ahí también fue puesta al servicio de los valores una historia centrada en los nacimientos. ¿Qué se proponía Taine al escrutar los orígenes de la Francia de su tiempo, sino denunciar el error de una política surgida, según pensaba, de una falsa filosofía del hombre? Se trataba de las invasiones germánicas o de la conquista de Inglaterra por los normandos, el pasado no fue empleado tan activamente para explicar el presente más que con el designio de justificarlo mejor o de condenarlo. De tal manera que en muchos casos el demonio de los orígenes fue quizás solamente un avatar de ese otro enemigo satánico de la verdadera historia: la manía de enjuiciar.

Volvamos, sin embargo, a los estudios cristianos. Una cosa es, para la conciencia inquieta que se busca a sí misma, una regla para fijar su actitud frente a la religión católica, tal y como se define cotidianamente en nuestras iglesias, y otra es, para el historiador, explicar, como un hecho de observación, el catolicismo actual. Aunque sea indispensable, por supuesto, para una inteligencia justa de los fenómenos religiosos actuales, el conocimiento de sus comienzos, éste no basta a explicarlos. Con objeto de simplificar el problema, renunciemos incluso a preguntarnos hasta qué punto, bajo un nombre que no ha cambiado, ha permanecido la fe realmente inmutable en su sustancia. Por intacta que se suponga a una tradición, habrá siempre que dar las razones de su mantenimiento. Razones humanas, se entiende; la hipótesis de una acción providencial escaparía a la ciencia. En una palabra, la cuestión no es saber si Jesús fue crucificado y luego resucitó. Lo que se trata de comprender es por qué tantos hombres creen en la Crucifixión y en la Resurrección. Ahora bien, la fidelidad a una creencia no es, evidentemente, más que uno de los aspectos de la vida general del grupo en que ese carácter se manifiesta. Se sitúa como un nudo en el que se mezclan una multitud

de rasgos convergentes, sea de estructura social, sea de mentalidad colectiva. En una palabra, plantea todo un problema de clima humano. El roble nace de la bellota. Pero sólo llega a ser roble y sigue siendo roble si encuentra condiciones ambientales, las cuales no pertenecen al campo de la embriología.

Hemos citado la historia religiosa sólo a manera de ejemplo. Pero a todo estudio de la actividad humana amenaza el mismo error: confundir una filiación con una explicación.

Se trata, en suma, de la ilusión de los viejos etimólogos, que pensaban haber agotado el tema cuando, frente al sentido actual, ponían el sentido más antiguo conocido: cuando habían probado, supongo, que la palabra "bureau" designaba primitivamente una tela, o que la palabra "timbre" designaba un tambor. Como si el verdadero problema no consistiera en saber cómo y por qué se produjo el deslizamiento. Como si, sobre todo, cualquier palabra no tuviera su función fijada, en la lengua, por el estado contemporáneo del vocabulario: la cual se halla determinada a su vez por las condiciones sociales del momento. "Bureaux", en "bureaux" de ministerio, quiere decir una burocracia. Cuando yo pido "timbres" en una oficina de correos, el empleo que hago del término ha exigido, para establecerse, junto con la organización lentamente elaborada de un servicio postal, la transformación técnica decisiva para la aparición de los intercambios del pensamiento humano, que sustituyó, en una época determinada, la impresión de un sello por la aplicación de una viñeta engomada. Ello sólo ha sido posible porque, especializadas por oficios, las diferentes acepciones del antiguo nombre se han separado ya de tal modo una de otra, que no hay peligro de que se confunda el timbre que voy a pegar en mi sobre y, por ejemplo, aquel cuya pureza en sus instrumentos me elogiará el vendedor de música.

Se habla de los "orígenes del régimen feudal". ¿Dónde buscarlos? Unos han dicho que "en Roma", otros que "en Germania". Las razones de estos espejismos son evi-

dentés. Aquí y allá había efectivamente ciertos usos —relaciones de clientela, compañerismo guerrero, posesión del feudo como salario por los servicios— que las generaciones posteriores, contemporáneas, en Europa, de las llamadas épocas feudales, habrían de continuar. No, por lo demás sin modificarlas mucho. En uno y otro lado se empleaban palabras —“beneficio” (*beneficium*) entre los latinos, “feudo” entre los germanos—, que iban a seguir siendo empleadas por esas generaciones dándoles poco a poco, sin advertirlo, un contenido casi enteramente nuevo. Porque, para desesperación de los historiadores, los hombres no tienen el hábito de cambiar de vocabulario cada vez que cambian de costumbres. Todas éstas son pruebas llenas de interés. ¿Cabrá pensar que agotan el problema de las causas? El feudalismo europeo, en sus instituciones características, no fue un tejido de supervivencias arcaicas. Durante una fase determinada de nuestro pasado nació de todo un ambiente social.

Seignobos ha escrito en alguna parte: “Creo que las ideas revolucionarias del siglo XVIII provienen de las ideas inglesas del siglo XVII.” ¿Trataba con ello de decir que habiendo leído los escritos ingleses del siglo anterior o que habiendo sufrido indirectamente su influencia, los publicistas franceses de la época de las luces adoptaron los principios políticos de aquéllos? Podrá dársele la razón, suponiendo al menos que nuestros filósofos no pusieran verdaderamente nada suyo original en las fórmulas extranjeras, como sustancia intelectual, o como tonalidad de sentimiento. Pero incluso reducida de ese modo, no sin cierta arbitrariedad, al hecho de haberlas tomado prestadas, la historia de este movimiento de las ideas estará muy lejos de haber quedado completamente esclarecida. Porque siempre subsistirá el problema de saber por qué ocurrió la transmisión en la fecha indicada, ni más pronto ni más tarde. Todo contagio supone dos cosas: generaciones microbianas, y, en el instante en que prende el mal, un “terreno”.

En una palabra, un fenómeno histórico nunca puede ser explicado en su totalidad fuera del estudio de su mo-

mento. Esto es cierto de todas las etapas de la evolución. De la etapa en que vivimos como de todas las demás. Ya lo dijo el proverbio árabe antes que nosotros: "Los hombres se parecen más a su tiempo que a sus padres." El estudio del pasado se ha desacreditado en ocasiones por haber olvidado esta muestra de la sabiduría oriental.

V. LOS LÍMITES DE LO ACTUAL Y DE LO INACTUAL

¿Hay que creer, sin embargo, que por no explicar todo el presente, es el pasado totalmente inútil para explicarlo? Lo curioso es que hoy pueda plantearse esta cuestión.

En efecto, hasta hace muy poco tiempo, esa cuestión parecía a casi todo el mundo resuelta por adelantado. "Quien quiera atenerse al presente, a lo actual, no comprenderá lo actual", escribía Michelet en el siglo pasado, a la cabeza de su hermoso libro *El pueblo*, lleno sin embargo de las pasiones del momento. Y ya Leibniz incluía entre los beneficios que esperaba de la historia "los orígenes de las cosas presentes descubiertos en las cosas pasadas; porque —agregaba— una realidad no se comprende nunca mejor que por sus causas".⁶

Pero desde la época de Leibniz, desde la época de Michelet, ha ocurrido un hecho extraordinario: las revoluciones sucesivas de las técnicas han aumentado considerablemente el intervalo psicológico entre las generaciones. No sin cierta razón, quizá, el hombre de la edad de la electricidad o del avión se siente muy lejos de sus antepasados. De buena gana e imprudentemente concluye que ha dejado de estar determinado por ellos. Agréguese a lo anterior la indicación modernista innata a toda mentalidad de ingeniero. Para echar a andar o para reparar una dinamo ¿es necesario conocer las ideas del viejo Volta sobre el galvanismo? Por una analogía ciertamente falsa, pero que se impone espontáneamente a más de una inteligencia sometida a la máquina, se pensará igualmente que para comprender los grandes problemas humanos de la hora presente y tratar de resolverlos, de nada sirve haber analizado sus antecedentes. Cogidos ellos también, sin darse cuenta exac-

ta de ello, en esta atmósfera modernista, ¿cómo no van a tener los historiadores la sensación de que, asimismo en su dominio, no se desplaza con movimiento menos constante la frontera que separa lo reciente de lo antiguo? El régimen de la moneda estable y del patrón oro, que ayer figuraba en todos los manuales de economía política como la norma misma de la actualidad, ¿es para el economista actual todavía presente o historia considerablemente enmohecida? Tras estos paralogismos es fácil descubrir, por lo tanto, un haz de ideas menos inconsistentes y cuya simplicidad, al menos aparente, ha seducido a ciertos espíritus.

Créese que es posible poner aparte en el largo decurso del tiempo una fase de corta extensión. Relativamente poco distante de nosotros en su punto de partida, esa fase comprende en su última etapa los días en que vivimos. En ella, ni los caracteres más sobresalientes del estado social o político, ni el instrumental material, ni la tonalidad general de la civilización presentan, al parecer, profundas diferencias con el mundo en que tenemos nuestras costumbres. Parece estar afectada, en una palabra, en relación con nosotros, por un coeficiente muy fuerte de "contemporaneidad". De ahí el honor, o la tara, de que esa fase no sea confundida con el pasado. "A partir de 1830 ya no hay historia", nos decía un profesor del liceo que era muy viejo cuando yo era muy joven: "hay política". Hoy ya no se diría: "desde 1830" —las Tres Gloriosas, a su vez, han envejecido—, ni eso "es política". Más bien, con un tono respetuoso: "sociología"; o, con menos consideración: "periodismo". Muchos, sin embargo, repetirían gustosos: desde 1914 ó 1940 ya no hay historia. Y ello sin entenderse bien sobre los motivos de este ostracismo.

Considerando algunos historiadores que los hechos más cercanos a nosotros son por ello mismo rebeldes a todo estudio sereno, sólo desean evitar a la casta Clío contactos demasiado ardientes. Creo que así pensaba mi viejo maestro. Pero eso equivale a pensar que apenas tenemos un débil dominio sobre nuestros nervios. Es también olvidar que desde el momento en que entran en juego las reso-

nancias sentimentales, el límite entre lo actual y lo inactual está muy lejos de poder regularse necesariamente por la medida matemática de un intervalo de tiempo. Estaba tan equivocado el valiente director del liceo languedociano que cuando yo hacía mis primeras armas de profesor, me advertía con gruesa voz de capitán de enseñanza: "Aquí el siglo XIX no es muy peligroso. Pero cuando toque usted las guerras religiosas, sea muy prudente." En verdad, quien, una vez en su mesa de trabajo, no tiene la fuerza necesaria para sustraer su cerebro a los virus del momento será muy capaz de dejar que se filtren sus toxinas hasta en un comentario de la *Ilíada* o del *Ramayana*.

Hay, por el contrario, otros sabios que piensan, con razón, que el presente humano es perfectamente susceptible de conocimiento científico. Pero reservan su estudio a disciplinas harto distintas de la que tiene por objeto el pasado. Analizan, por ejemplo, y pretenden comprender la economía contemporánea con ayuda de observaciones limitadas, en el tiempo, a unas cuantas décadas. En una palabra, consideran la época en que viven como separada de las que la precedieron por contrastes demasiado vivos para no llevar en sí misma su propia explicación. Ésa es también la actitud instintiva de muchos simples curiosos. La historia de los períodos un poco lejanos no les seduce más que como un lujo inofensivo del espíritu. Así, encontramos por una parte un puñado de anticuarios ocupados por una dilección macabra en desfajar a los dioses muertos; y por otra a los sociólogos, a los economistas, a los publicistas: los únicos exploradores de lo viviente. . .

VI. COMPRENDER EL PRESENTE POR EL PASADO

Visto de cerca, el privilegio de autointeligibilidad reconocido así al presente se apoya en una serie de extraños postulados.

Supone en primer lugar que las condiciones humanas han sufrido en el intervalo de una o dos generaciones un cambio no sólo muy rápido, sino también total, como si ninguna institución un poco antigua, ninguna manera tra-

dicional de actuar hubieran podido escapar a las revoluciones del laboratorio o de la fábrica. Eso es olvidar la fuerza de inercia propia de tantas creaciones sociales.

El hombre se pasa la vida construyendo mecanismos de los que se constituye en prisionero más o menos voluntario: ¿A qué observador que haya recorrido nuestras tierras del Norte no le ha sorprendido la extraña configuración de los campos? A pesar de las atenuaciones que las vicisitudes de la propiedad han aportado, en el transcurso del tiempo, al esquema primitivo, el espectáculo de esas sendas desmesuradamente estrechas y alargadas que dividen el terreno arable en un número prodigioso de parcelas, conserva todavía muchos elementos con que confundir al agrónomo. El derroche de esfuerzos que implica semejante disposición, las molestias que impone a quienes las trabajan son innegables. ¿Cómo explicarlo? Algunos publicistas demasiado impacientes han respondido: por el Código Civil y sus inevitables consecuencias. Modificad, pues —añadían—, nuestras leyes sobre la herencia y suprimiréis completamente el mal. Pero si hubieran sabido mejor la historia, si hubieran interrogado mejor también a una mentalidad campesina formada por siglos de empirismo, habrían considerado menos fácil el remedio. En realidad, esa división de la tierra tiene orígenes tan antiguos que hasta ahora ningún sabio ha podido explicarla satisfactoriamente; y es porque probablemente los roturadores de la época de los dólmenes tienen más que ver en este asunto que los legisladores del Primer Imperio. Al prolongarse por aquí el error sobre la causa, como ocurre casi necesariamente, a falta de terapéutica, la ignorancia del pasado no se limita a impedir el conocimiento del presente, sino que compromete, en el presente, la misma acción.

Pero hay más. Para que una sociedad, cualquiera que sea, pueda ser determinada enteramente por el momento inmediatamente anterior al que vive, no le bastaría una estructura tan perfectamente adaptable al cambio que en verdad carecería de osamenta; sería necesario que los cambios entre las generaciones ocurriesen sólo, si se me permite

hablar así, a manera de fila india: los hijos sin otro contacto con sus antepasados que por mediación de sus padres.

Pero eso no ocurre ni siquiera con las comunicaciones puramente orales. Si volvemos la vista a nuestras aldeas descubrimos que los niños son educados sobre todo por sus abuelos, porque las condiciones del trabajo hacen que el padre y la madre estén alejados casi todo el día del hogar. Así vemos cómo se da un paso atrás en cada nueva formación del espíritu, y cómo se unen los cerebros más maleables a los más cristalizados, por encima de la generación que aporta los cambios. De ahí proviene ante todo, no lo dudemos, el tradicionalismo inherente a tantas sociedades campesinas. El caso es particularmente claro, pero no único. Como el antagonismo natural de los grupos de edad se ejerce principalmente entre grupos limítrofes, más de una juventud debe a las lecciones de los ancianos por lo menos tanto como a las de los hombres maduros.

Los escritos facilitan con más razón estas transferencias de pensamiento entre generaciones muy alejadas, transferencias que constituyen propiamente la continuidad de una civilización. Lutero, Calvino, Loyola: hombres de otro tiempo, sin duda, hombres del siglo xvi, a quienes el historiador que trata de comprenderlos y de hacer que se les comprenda deberá, ante todo, volver a situar en su medio, bañados por la atmósfera mental de su tiempo, de cara a problemas de conciencia que no son exactamente los nuestros. ¿Se osará decir, no obstante, que para la comprensión justa del mundo actual no importa más comprender la Reforma protestante o la Reforma católica, separadas de nosotros por un espacio varias veces centenario, que comprender muchos otros movimientos de ideas o de sensibilidad que ciertamente se hallan más cerca de nosotros en el tiempo pero que son más efímeros?

A fin de cuentas el error es muy claro y para destruirlo basta con formularlo. Hay quienes se representan la corriente de la evolución humana como una serie de breves y profundas sacudidas cada una de las cuales no dura sino el término de unas cuantas vidas. La observación

prueba, por el contrario, que en este inmenso continuo los grandes estremecimientos son perfectamente capaces de propagarse desde las moléculas más lejanas a las más próximas. ¿Qué se diría de un geofísico que, contentándose con señalar los miriámetros, considerara la acción de la luna sobre nuestro globo más grande que la del sol? En la duración como en el cielo, la eficacia de una fuerza no se mide exclusivamente por la distancia.

¿Habrá que tener, en fin, por inútil el conocimiento, entre las cosas pasadas, de aquellas —creencias desaparecidas sin dejar el menor rastro, formas sociales abortadas, técnicas muertas— que han dejado, al parecer, de dominar el presente? Esto equivaldría a olvidar que no hay verdadero conocimiento si no se tiene una escala de comparación. A condición, claro está, de que se haga una aproximación entre realidades a la vez diversas y, por tanto, emparentadas. Y nadie podría negar que es éste el caso de que hablamos.

Ciertamente, hoy no creemos que, como escribía Maquiavelo y como pensaban Hume o Bonald, en el tiempo haya, "por lo menos, algo inmutable: el hombre". Hemos aprendido que también el hombre ha cambiado mucho: en su espíritu y, sin duda, hasta en los más delicados mecanismos de su cuerpo. ¿Cómo había de ser de otro modo? Su atmósfera mental se ha transformado profundamente, y no menos su higiene, su alimentación. Pero, a pesar de todo, es menester que exista en la naturaleza humana y en las sociedades humanas un fondo permanente, sin el cual ni aun las palabras "hombre" y "sociedad" querrían decir nada. ¿Creeremos, pues, comprender a los hombres si sólo los estudiamos en sus reacciones frente a las circunstancias particulares de un momento? La experiencia será insuficiente incluso para comprender lo que son en ese momento. Muchas virtualidades que provisionalmente son poco aparentes, pero que a cada instante pueden despertar muchos motores más o menos inconscientes de las actitudes individuales o colectivas, permanecerán en la sombra. Una experiencia única es siempre impotente para discriminar sus propios factores y, por lo tanto, para suministrar su propia interpretación.

VII. COMPRENDER EL PASADO POR EL PRESENTE

Asimismo, esta solidaridad de las edades tiene tal fuerza que los lazos de inteligibilidad entre ellas tienen verdaderamente doble sentido. La incomprensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado. Pero no es, quizás, menos vano esforzarse por comprender el pasado si no se sabe nada del presente. En otro lugar he recordado esta anécdota: en cierta ocasión acompañaba yo en Estocolmo a Henri Pirenne. Apenas habíamos llegado cuando me preguntó: "¿Qué vamos a ver primero? Parece que hay un ayuntamiento completamente nuevo. Comencemos por verlo." Y después añadió, como si quisiera evitar mi asombro: "Si yo fuera un anticuario sólo me gustaría ver las cosas viejas. Pero soy un historiador y por eso amo la vida." Esta facultad de captar lo vivo es, en efecto, la cualidad dominante del historiador. No nos dejemos engañar por cierta frialdad de estilo; los más grandes entre nosotros han poseído esa cualidad: Fustel o Maitland a su manera, que era más austera, no menos que Michelet. Quizá esta facultad sea en su principio un don de las hadas, que nadie pretendería adquirir si no lo encontró en la cuna. Pero no por eso es menos necesario ejercitarlo y desarrollarlo constantemente. ¿Cómo hacerlo sino del mismo modo de que el propio Pirenne nos daba ejemplo en su contacto perpetuo con la actualidad?

Porque el temblor de vida humana, que exigirá un duro esfuerzo de imaginación para ser restituido a los viejos textos, es aquí directamente perceptible a nuestros sentidos. Yo había leído muchas veces y había contado a menudo historias de guerra y de batallas. ¿Pero conocía realmente, en el sentido pleno de la palabra conocer, conocía por dentro lo que significa para un ejército quedar cercado o para un pueblo la derrota, antes de experimentar yo mismo esa náusea atroz? Antes de haber respirado yo la alegría de la victoria, durante el verano y el otoño de 1918 (y espero henchir de alegría por segunda vez mis pulmones, pero el perfume no será ¡ay! el mismo), ¡sa-

bía yo realmente todo lo que encierra esa bella palabra? En verdad, conscientemente o no, siempre tomamos de nuestras experiencias cotidianas, matizadas, donde es preciso, con nuevos tintes, los elementos que nos sirven para reconstruir el pasado. ¿Qué sentido tendrían para nosotros los nombres que usamos para caracterizar los estados de alma desaparecidos, las formas sociales desvanecidas, si no hubiéramos visto antes vivir a los hombres? Es cien veces preferible sustituir esa impregnación instintiva por una observación voluntaria y controlada. Un gran matemático no será menos grande, a mi ver, por haber atravesado el mundo en que vive con los ojos cerrados. Pero el erudito que no gusta de mirar en torno suyo, ni los hombres, ni las cosas, ni los acontecimientos, merece quizá, como decía Pirenne, el nombre de un anticuario útil. Obrará sabiamente renunciando al de historiador.

Más aún, la educación de la sensibilidad histórica no es siempre el factor decisivo. Ocurre que en una línea determinada, el conocimiento del presente es directamente más importante todavía para la comprensión del pasado.

Sería un grave error pensar que los historiadores deben adoptar en sus investigaciones un orden que esté modelado por el de los acontecimientos. Aunque acaben restituyendo a la historia su verdadero movimiento, muchas veces pueden obtener un gran provecho si comienzan a leerla, como decía Maitland, "al revés". Porque el camino natural de toda investigación es el que va de lo mejor conocido o de lo menos mal conocido, a lo más oscuro. Sin duda alguna, la luz de los documentos no siempre se hace progresivamente más viva a medida que se desciende por el hilo de las edades. Estamos comparablemente mucho peor informados sobre el siglo X de nuestra era, por ejemplo, que sobre la época de César o de Augusto. En la mayoría de los casos los períodos más próximos coinciden con las zonas de relativa claridad. Agréguese que de proceder mecánicamente de atrás adelante, se corre siempre el riesgo de perder el tiempo buscando los principios o las causas de fenómenos que la ex-

perencia revelará tal vez como imaginarios. Por no haber practicado un método prudentemente regresivo cuando y donde se imponía, los más ilustres de entre nosotros se han abandonado a veces a extraños errores. Fustel de Coulanges se dedicó a buscar los "orígenes" de las instituciones feudales, de las que no se formó, me temo, sino una imagen bastante confusa, y asimismo buscó las primicias de una servidumbre que, mal informado por descripciones de segunda mano, concebía bajo colores de todo punto falsos.

En forma menos excepcional de lo que se piensa ocurre que para encontrar la luz es necesario llegar hasta el presente. En algunos de sus caracteres fundamentales nuestro paisaje rural data de épocas muy lejanas, como hemos dicho. Pero para interpretar los raros documentos que nos permiten penetrar en esta brumosa génesis, para plantear correctamente los problemas, para tener idea de ellos, hubo que cumplir una primera condición: observar, analizar el paisaje de hoy. Porque sólo él daba las perspectivas de conjunto de que era indispensable partir. No ciertamente porque, inmovilizada de una vez para siempre esa imagen, pueda tratarse de imponerla sin más en cada etapa del pasado, sucesivamente, de abajo arriba. Aquí, como en todas partes, lo que el historiador quiere captar es un cambio. Pero en el film que considera, sólo está intacta la última película. Para reconstruir los trozos rotos de las demás, ha sido necesario pasar la cinta al revés de como se tomaron las vistas.

No hay, pues, más que una ciencia de los hombres en el tiempo y esa ciencia tiene necesidad de unir el estudio de los muertos con el de los vivos. ¿Cómo llamarla? Ya he dicho por qué el antiguo nombre de historia me parece el más completo, el menos exclusivo; el más cargado también de emocionantes recuerdos de un esfuerzo mucho más que secular y, por tanto, el mejor. Al proponer extenderlo al estudio del presente, contra ciertos prejuicios, por lo demás mucho menos viejos que él, no se persigue — ¡habrá necesidad de defenderse contra ello! — ninguna

reivindicación de clase. La vida es demasiado breve y los conocimientos se adquieren lentamente. El mayor genio no puede tener una experiencia total de la humanidad. El mundo actual tendrá siempre sus especialistas, como la edad de piedra o la egiptología. Pero lo único que se les puede pedir a unos y a otros es que recuerden que las investigaciones históricas no admiten la autarquía. Ninguno de ellos comprenderá, si está aislado, ni siquiera a medias. No comprenderá ni su propio campo de estudios. Y la única historia verdadera que no se puede hacer sino en colaboración es la historia universal.

Sin embargo, una ciencia no se define únicamente por su objeto. Sus límites pueden ser fijados también por la naturaleza propia de sus métodos. Queda por preguntarse si las técnicas de la investigación no son fundamentalmente distintas según se aproxime uno o se aleje del momento presente. Esto equivale a plantear el problema de la observación histórica.